

Filosofía del Mando

“Mando y Puesto de Mando volante”

Por el Coronel RUEDA

“Bienaventurados los que tienen veinte años, una mente casta, un cuerpo robusto y una madre animosa”.—(Gabriel D'Anunzio.)

Los hombres que se destacan entre sus contemporáneos, colocándose a la cabeza de las grandes empresas, suelen presentar un conjunto de características y de circunstancias que se repiten hasta llegar a concretar el prototipo del Mando.

Pasan los tiempos, y con ellos pasa también el amplio desfase de las civilizaciones y de los distintos estilos de las épocas. Pero las características fundamentales del Jefe se conservan en su inmutable personalidad. Cambian las posibilidades y esclavitudes, que son resortes y frenos del Mando, al cambiar los medios y los métodos. Pero aquel Mando sigue acusando las mismas facetas clásicas. Se suceden los principios que se van considerando como básicos o fundamentales, los axiomas de guerra y de gobierno, los mitos políticos y hasta los ideales nacionales. Sin embargo, el Caudillo capaz de poner los pueblos en marcha para llevarlos al triunfo y a la muerte heroica permanece en sus mismos perfiles típicos.

Las conquistas de las ciencias, creando métodos y elementos nuevos, terminan por imprimir a la geografía militar un carácter dinámico, por el cual se ausenta el combate de aquellos lugares que fueron llamados clásicos teatros de luchas periódicas, mientras cobran actividad e importancia otros escenarios que parecían destinados a la paz y al olvido (milagro del petróleo e influencia del caucho). Sin embargo, a través de tan maravilloso kaleidoscopio, vuelve a reaparecer y a repetirse aquel elemento que es alma y vida de toda empresa: la figura del hombre-mando.

La leyenda y la historia toman un héroe, consagrado por la victoria y la fama. Con el héroe hacen un caudillo. Y con el caudillo un César, coronado por la gloria y la inmortalidad. De este modo se completa y se cierra un ciclo de mando que, arrancando del hombre elegido, termina en el concepto de Imperio.

La Mitología lleva a la exageración poética

las cualidades que hacen al héroe, llegando a lo sobrenatural por medio de una ceremonia mágica o haciéndolos nacer semidioses. Y aunque la Mitología discurre por caminos de fantasía, es, sin embargo, muy característica y sintomática la reincidencia en las dotes de que siempre adorna a sus héroes, lo cual constituye un contenido tomado de la realidad.

Esa sintomatización, y hasta la exageración misma de las facultades, no es sino una llamada de atención (una visión con cristal de aumento), que merece ser tomada muy en cuenta, ya que pone de relieve el prototipo físico y moral que más naturalmente y mejor ha de encarnar la personalidad y capacidades del Mando.

Aquellas personificaciones de la leyenda y la Mitología son válidas hasta el heroísmo, desinteresados hasta el sacrificio propio, y tienen físicamente la capacidad perfecta del atleta. Es en ellos exaltada la fama, la gloria y la ambición constante de lograrlas.

Luego la disciplina militar y el metódico espíritu castrense de un Carlos III de España sabrá enmarcar esas ambiciones en sus justos términos al haber en sus sabias Ordenanzas de la honrada ambición.

Por su parte, la Ética griega llega también a concretar un prototipo de perfección (base de un Mando ideal) al decretar su mente sana en cuerpo también sano. No es posible, realmente, esperar de otro tipo al elegido para ponerse a la cabeza de cualquier Mando, Gobierno o Empresa que exijan actividad, fuerza, salud y decisión a prueba de circunstancias.

En la realidad, la elección o predestinación radica en tener la suerte de la ocasión y la oportunidad de no dejarla pasar. Aquí destacan muy principalmente unos contenidos de suerte y oportunidad, que ponen de manifiesto la imprescindible necesidad de estas cualidades para el Mando, hasta el extremo de decir que equivalen a una elección o designación de orden superior.

Por otra parte, la simpatía o impresión personal, que podría parecer (considerada superficialmente) como algo instintivo, es en realidad, y en muy gran parte, una creación de los sentidos del oído y de la vista.

Las muchedumbres obran principalmente bajo la influencia impresionista de estos dos sentidos de la vista y del oído. Y los ejércitos no son sino muchedumbres organizadas. Las muchedumbres no suelen analizar. Sus componentes saben mirar y escuchar; pero casi ninguno sabe ni ver, ni oír, ni entender, porque no están capacitados para dejarse influir más y mejor por el contenido interior de las palabras y sentimientos que por el timbre agradable y varonil de su voz y por el efecto dominante de sus gestos y actitudes exteriores. De atraer y arrastrar voluntades se trata (y de robarlas si cabe), no sólo en una arenga militar o en un momento de intervención decisiva del Jefe para salvar una situación inmediata, sino también en la labor que ha de ejercer el Mando cotidianamente. Por otra parte, la figura o apariencia personal, física, externa, tiene su significado intrínseco.

La salud perfecta (salud íntima) tiene relación directa con el desarrollo equilibrado del cuerpo físico, provocando una hechura exterior de la persona, en cierta manera armónica. El desarrollo normal (sano) sería siempre, naturalmente, armónico, si no hubiera alguna anomalía o mala influencia que lo variase. De aquí la estética de la figura sana, y que el sentido de la estética no sea sino una transformación a un orden superior, en la especie humana, de aquellos otros sistemas que rigen la selección o perfeccionamiento de las especies, por medios más instintivos, en las familias irracionales.

Hacemos referencia, naturalmente, al tipo estético a que tienden la gimnasia y el deporte; es decir, al tipo atlético que puede considerarse como el producto que, logrando equilibrio de proporciones físicas exteriores, es la manifestación de un desarrollo interno también normal. Todo lo cual garantizará, hasta donde es posible, aquella salud y resistencia tan indispensables a la profesión del Mando militar. Por esto, la impresión que inicialmente y por su sola presencia o personalidad física produzca el Mando, sólo podrá variarla, con la repetida realidad de sus aciertos o desaciertos posteriores.

Tomando, además, en cuenta las mutuas influencias que existen entre las anomalías físicas y las anomalías psíquicas, es como puede llegarse a comprender y a aceptar la enor-

me importancia que tiene la estética de la figura sana. Y venimos a desembocar en la misma meta a que llegó la ética griega en su concreción de mente sana en cuerpo también sano.

La predestinación tiene también, como traducción a la realidad, el hecho de una reunión de circunstancias que desde que nace el hombre van produciéndose e influenciando sobre él hasta colocarlo precisamente en unas circunstancias que le facultan física y moralmente para la empresa, al mismo tiempo que las circunstancias que lo rodean le obligan a ir a ella. Es la misma causalidad que hace pasar los grandes ríos por las grandes ciudades.

Entre los síntomas más claros que señalan a un predestinado para grandes empresas está, en muy primer término, la suerte personal. La íntima sensación de seguridad y confianza en sí mismo que una capacitación y una suerte clara y persistente dará a quien las posea, es algo tan terminante, que sólo admite comparación con la inseguridad e indecisión que tiene que sufrir aquel que cuente de antemano con que van a producirse las circunstancias adversas que provoquen su fracaso. Con suerte adversa no se puede ejercer mando, aunque se posean en alto grado todas las demás cualidades.

Ante todo y sobre todo, el Mando es una sensación innata de clarividencia, seguridad y decisión. Ha de ser una seguridad interior efectiva y no ilusa, que rara vez podrá brotar en un momento crítico sin antes haberse ya manifestado y dejado traslucir en muchas otras ocasiones de la vida del individuo.

Cuando se produce un mando o caudillaje de una manera esporádica, ocurre, por regla general, una epopeya corta y de triste desenlace, a lo Juana de Arco. O como aquel rey portugués que con su desafortunada empresa (por empeñarse en algo para lo que no estaba designado) dió nombre en Africa a la batalla de los Tres Reyes.

Aun en casos tan característicos y claros como el de un Napoleón, se puede observar la enorme importancia que por sus efectos tiene el factor suerte. Cuando su antes clarísima estrella se eclipsa, no basta que conserve su indómita voluntad ni sus mismas otras cualidades y méritos personales. Pues su empeño de los cien días no logra otro resultado que un Waterloo. Y al hombre de acción excepcional no le queda otro recurso que entregarse y resignarse a vegetar en Santa Elena cuando sus cualidades han

dejado de ligar con las circunstancias favorables y a chocar con las adversas, como asimismo sus genialidades han empezado a ser del conocimiento y uso de todos.

Aníbal, que mientras brilló su estrella sólo cosechó victorias, cuando fué derrotado Asdrúbal y recibió el macabro mensaje de su cabeza decapitada, comprendió que su suerte había cambiado, y exclamó: "¡Cartago, veo clara tu suerte!"

A partir de aquel momento, su genio militar se hizo quizá más patente todavía, puesto que, definitivamente abandonado de su patria, se defendió durante tres largos años en el sur de Italia, socorrió a Capria, derrotó un ejército romano, causándole 15.000 bajas, y logró llevar sus enseñas hasta las mismas murallas de Roma, levantándolas frente a la Puerta Colina. Pero su estrella está apagada, y al pasar derrotado al África tiene que sucumbir a una suerte adversa en aquella batalla de Zama (que es el Waterloo de Aníbal), frente a un genio igual al suyo, Escipión, pero con mucha mejor suerte, sin duda alguna.

Estos grandes capitanes o caudillos naturales constituyen un Mando vertical, que se impone y gravita por su propio peso como una fuerza definitiva e inexorable, actuando sobre todo y sobre todos los que les rodean.

Y esta imposición está lograda, en gran parte, por la tácita aceptación de las demás voluntades, que ya inicialmente y de un modo natural se les subordinan y hasta los arrastran a constituirse en Mando sobre ellos.

Así como en las Ordenanzas de Carlos III no se marca que haya forzosamente que convertir en bueno y capaz al Oficial cuyo propio honor y espíritu no le estimule a obrar siempre bien, sino que se consideren tales virtudes como la materia prima indispensable, y se sentencia de plano "no vale para mi servicio", asimismo puede decirse que el Jefe debe poseer ya en sí la materia prima indispensable para poder lograr aquel estilo superior que requiere el Alto Mando.

Ya hemos dicho que el Mando era, ante todo y sobre todo, una sensación íntima y real de quien lo posee. Podemos añadir que es también sensación fácil de obediencia natural para aquellos que han de subordinársele. De ese modo el mando y la obediencia, que juntos constituyen la disciplina militar, está lograda *a priori* de la forma más segura y más agradable.

La capacidad de mando se siente íntimamente si es real. Y también lo presienten los subordinados. En éstos es una especial seducción de voluntades. Se produce algo semejante al caballo bien domado, pero de temperamento, que se comporta de muy diferente manera según se dé cuenta qué clase de jinete es el que lo monta, y que todo va bien, y hasta el caballo va a gusto y mejor, cuando va bien montado por un buen equite, constituyéndose un centauro. Esto es la disciplina voluntariamente aceptada respecto a un verdadero Mando. Un perfecto centauro, una hermosa quimera de un ser doble.

Un Mando integral actual, más que un genio sería un monstruo del arte de la guerra.

Por haber fallado Alemania en 1914-18 en el cálculo del tiempo, fué, probablemente, por lo que se dió a pensar en la guerra relámpago (Blitz Krieg), y desde este punto de vista, la Aviación y la Motorización tuvieron que destacarse a los ojos del Mando alemán con todo el relieve de su valor y posibilidades de celeridad y nuevos alcances.

Se dió a preparar la guerra relámpago a base de asegurar una garantía de no poderse producir otro estancamiento de frentes que alargase la guerra, poniendo en juego para ello un nuevo poder aéreo y el antídoto contra la aviación contraria que, traducido a arte militar terrestre, desemboca en las divisiones acorazadas y motorizadas (Panzer Divisionem). Este es un nuevo concepto de campos fortificados móviles, que se desplazarán por cima y a través de los campos fortificados estáticos; así se vió que (aparte de sus especializaciones particulares) todos los Mandos necesitaban una mentalidad de estilo y raíces aéreas para Aire, Mar y Tierra en esta guerra moderna.

Hemos llegado así a la meta del contenido o mentalidad aéreas de un Mando militar actual, que nos habíamos marcado al empezar a escribir este artículo.

Nadie piense que hemos traído el concepto del mando a la necesidad de poseer esta tónica de estilo aéreo para reclamar una exclusividad en favor de los Mandos del Aire. Se trata, precisamente, de casi todo lo contrario, pues lo que queremos es dejar sentadas las siguientes conclusiones:

Primera. Que quienes no posean esa mentalidad de estilo aéreo no están en condiciones hoy de poder ejercer de modo eficiente un alto mando ni en el Aire, ni en la Tierra, ni en el

Mar. Esto es el "no vale para mi servicio" en relación a un Alto Mando actual.

Segunda. Que esa mentalidad de contenido aéreo no es ni puede ser un privilegio exclusivo de los aviadores, sino que constituye la única y nueva mentalidad de todos y para todos, incluso para aquellos que ejerzan cualquier puesto en la técnica y dirección civil. Es un nuevo estilo, que tiene que llegar hasta el último cajón de la última mesa de la burocracia.

Basta, para comprenderlo y aceptarlo, considerar con cierta objetividad las consecuencias que frente a las naciones del Eje sufrieron al principio los pueblos que militaban en el bando aliado por haber permanecido en sus anteriores estilos, sin dar a lo nuevo aéreo la importancia que tenía. Y cómo se cambiaron sus derrotas en victorias, no sólo por la entrada en liza de los Estados Unidos, sino porque aceptaron y superaron los nuevos medios y estilos aéreos que los alemanes habían estrenado e impuesto.

Tercera. Puesto de Mando volante. En este artículo, que hemos titulado "Mando y puesto de Mando volante", recordamos cómo los Generales de las Grandes Unidades y los jefes de sectores de frente se asimilaron esta nueva mentalidad y nuevos métodos y estilos, usando como cosa familiar y cotidiana unos aviones especiales o puestos de Mando volantes, gracias a los cuales podían tomar en cualquier momento el conocimiento personal y directo, en muy corto tiempo, de todas las vicisitudes de su Unidad o de su Sector, fuerzas que lo guarnecen o lo cruzan, hacer una exploración a vanguardia, unos enlaces a los flancos, y venir en conocimiento de dónde están las reservas o ciertos refuerzos en marcha, reconocer los emplazamientos de un despliegue de artillería anti-aérea, etc., etc. También en el Pacífico el puesto de Mando se halló muchas veces en vuelo.

Los Mandos de las Divisiones Motorizadas y Acorazadas (Panzer Divisionen), los utilizaron como cosa normal y afectos a sus Unidades, para poder tomar conocimiento y previsiones a vanguardia y flancos, así como por ser el único medio real y práctico de poder recorrer (sobrevolando la carretera) la gran extensión que a lo largo de ella suelen ocupar estas Unidades motorizadas. El complemento indispensable y logrado es el enlace radiotelefónico Aire-Tierra desde esos Puestos de Mando volantes.

Entre las muchas ventajas que el Puesto de

Mando volante puede aportar, la más importante adquisición sería siempre la transformación del modo de pensar que adquiere el nombre que rompe la esclavitud al suelo; lo mismo ocurrió con la influencia del mar.

Si hasta ahora tuvo el Mando en la Aviación su vista, con el empleo del Puesto de Mando volante, como cosa usual, habrá logrado tener también, allí arriba, su personalidad toda entera, y entre las alas su cerebro.

Un artículo que en tantos puntos se refiere al Mando no puede dejar de tocar el punto del Mando único, dada la enorme importancia que en la guerra actual tienen sus consecuencias y resultados.

Claro que sólo cabe hablar del Mando único en las acciones combinadas de los tres Ejércitos, o bien de cualquiera de superficie con el aire. Pero es que hoy día rara será la acción que no sea combinada aérea.

Y he aquí la pregunta. ¿Quién debe tomar el Mando único? ¿El Aire? ¿El Mar? ¿La Tierra?

Nos parece que la contestación desapasionada (y, por tanto, la que más naturalmente debe contener el acierto de la razón) cae por su propio peso. Debe tomar el Mando único, en cada caso, aquel que por el carácter y el estilo del objetivo a cumplir deba estar mejor enterado, por ser misión propia y ser él quien la ha de ejecutar y culminar.

Así, por ejemplo, en el frente europeo lo tuvo el Mando del Ejército de Tierra. En el Pacífico, el Mando naval. En Creta y en acciones de predominio, iniciativa y capacidad de consecución aéreas, lo tuvo y lo debe tener el Mando aéreo.

Y a este respecto del Mando único, no creemos que venga fuera de lugar cierta frase de Maquiavelo: "En la guerra no se debe tener más que un Jefe, pues diferencias de opiniones debilitan a los Ejércitos."

Con esto creemos haber cumplido lo que fué nuestra voluntad al empezar este artículo. Presentar una mentalidad militar moderna, dentro del Puesto de Mando más moderno posible.

Podríamos glosar aquella frase de la espiritualidad griega, diciendo con lenguaje castizo actual: "Mentalidad aérea en Puesto de Mando volante." Ya que éstos han de ser la mente y el Cuerpo de un Mando militar moderno.

Para Aire, para Tierra y para el Mar.